

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDA CABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

10ª Edición: diciembre del 2022

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Narrativa breve

Amaya Zulueta

GIBRALTAR

Relato perteneciente al libro inédito titulado GIBRALTAR.

Discutíamos. Ella estaba ahí. Era una playa, sí, supongo sería una playa glacial, una de esas playas que salen al principio de las películas. Sería, sí, una gélida mañana en una playa de una estación que aún no había descubierto el ser humano; una quinta o una sexta estación, no sé, no sé. Sin duda, una extensión de arena ligeramente amarilla. Nos acalorábamos. Nos acalorábamos como las espigas de trigo en mayo. Bueno, eso era lo normal; bueno, eso besaba lo normal. Discutíamos mucho. Lidiábamos, más bien, el uno al otro. Ninguno de los dos sonreía. No recuerdo de qué tratábamos. Lo que sí puedo asegurar, sin engañarle a usted, es que no había cielo. No había nada azul tampoco. O si existía o alguien lo disfrutaba, para nosotros, sinceramente, resultaba tremendamente difícil de distinguir en medio de aquella arena rubia como el cabello. Quiero decir que, tal una paradoja grandiosa, aunque hablo de playas, no había mar por ninguna parte. Le dije:

-No queda nada sobre nuestras cabezas. Ni aves.

-Sería hermoso un teatral telón grana detrás de nosotros -expresó ella en voz más alta de lo acostumbrado.

Sólo existía, eso sí, un espacio en sí mismo metido; postrado, imbuido o muy abollado, como hundido en su propio discernimiento de espacio, como una espesa nata, naturalmente, algo jamás hueco, o, al menos, no perceptiblemente hueco; un espacio desarrollado hacia ti, hasta mí, por dentro de ti y de mí. Un espacio que llegara al máximo, al ingreso en una cosa que fuese algo así como un no espacio. Al menos para una persona normal y no de esas que disfrutan contemplando cuadros insólitos en el Tate Modern las mañanas de llovizna de agosto con jersey verde al cuello. Un espacio que se hiciera preguntas sobre su propia forma de espacio no es fácil de hallar en una playa muy al sur de Andalucía, y menos un día de fusilazos negros y surf. Un espacio que se acordaría

de la Trascendencia de vez en cuando. Que se acordara para siempre de nosotros. Incluso después de la muerte. Quién sabe; hoy no se puede uno fiar de nadie. Es todo tan duro. A veces las cosas adquieren la dureza esa tan peculiar que poseen los mangos de madera y, sobre todo, de metal de los cuchillos. Por lo demás, como decía, era una playa; una playa al fin, qué júbilo, y sin repulsivas gaviotas, estupendo; sí, eso es, un dominio de arena biliosa sin ninguna gavina. Menos mal, porque odio a las gaviotas. Siempre lamento no poseer una buena escopeta de caza, una escopeta de esas de cartuchos, sí. Realmente lo lamento, créanme. Porque odio las armas de fuego. Pienso que no deberían de existir. ¿Exigen los gobiernos que sus fabricantes sean colgados hasta la muerte? Reclamo que sus constructores sean estrangulados hasta la muerte en frente de la residencia del Gobernador. Mas, a pesar de mi diatriba sobre las putas armas, en estos instantes en que una puerca gaviota se me planta delante con su mirada obscena, repugnante, echo en falta no tener a mano una buena escopeta para, de un par de disparos, poder llevármela por delante, para poder llevarme por delante una docena de esas horribles aves.

-¿Te gustan a ti las gaviotas? -le pregunté.

Con la mano derecha te quitaste unos pelos rubios que se te habían quedado pegados a causa del carmín en el grueso, corto labio de abajo. Eso te pasaba mucho con el levante al salir a la calle, una calle con nombre de pintor.

Pero, y, sobre todo, volviendo a ese perro espacio del que hablaba anteriormente, ese tremebundo lugar sin aire, poder observar, sentir, más bien, eso era lo peor, que escaseaba el aire, con la asfixia que conlleva la situación que me planteo describir.

-Te traerán los reyes una nueva botella de oxígeno, la que tienes está demasiado descolorida -me soltaste de súbito.

Mientras lo decías te rociaste el pelo y tal vez también la nuca con un poco de agua salada cogida de la misma orilla, haciendo cuenco con ambas manos, una

acción que me recordó aquel pasaje que leímos de San Agustín un día en la cama del hotel Saint-Cricq, près de l'Opéra, tras un coito diabólico.

-Tampoco una bicicleta.

-No, una bicicleta azul no -le dije, cara al sol.

-¿Por qué no azul? -exclamó alguien que pasaba por allí en ese momento y que se parecía mucho a mi madre y que debía sentir, al igual que yo, una repugnancia innata hacia las gaviotas. El ser éste, el ser no suficientemente definido, digo, tenía las manos de cigüeña.

El sol, aun siendo considerablemente débil, ocupaba todo mi cerebro, me ardía entre las orejas y entre la frente y la nuca. Reconozco que no es un lugar demasiado amplio para una estrella lacia y obesa, pero, qué quieren que haga, yo no decido esas cosas, las cosas me vienen dadas demasiadas veces, yo no decido, repito, no soy nadie, acaso una madeja de lana en las manos de una anciana medio moribunda en un asilo que da a una playa rencorosa, rubia como ella cuando era joven y sin olor a algas.

-¿Por qué no una bicicleta? -me volvió a preguntar muy exaltada, como si asimismo le escaseara el oxígeno.

-Porque eso es propio de maniáticos.

-Pues Judas, el vecino, tiene una nueva botella de oxígeno de un bello color cerúleo.

-¿La ha pintado él mismo? -iniciando probablemente una nueva trifulca.

-Sí, y le ha quedado preciosa.

-Pero Judas es un loco -le repliqué.

Entonces ella estaba desnuda. Y de zinc, y muy estilizada, y a mí me entraron ganas de hacerle el amor; pero empezó a bostezar sobre una arena todavía cruda, una sílice sin imaginar, quiero decir no ardidada, sin cocer, pero menos que su cuerpo, que comenzó a ponerse triangular... Y en aquel momento apareciste tú con un albornoz que olía a árboles.